1965, año de centenarios bogotanos

Escribe: ALBERTO MIRAMON

Como las llaves de un gran paréntesis trazado por el destino de las efemérides de esta noble ciudad del águila negra y las granadas de oro, las fechas de dos centenarios abarcan y encierran el año de 1965, con la doble sugestión de la significación histórica y la valoración poética. Son ellas, el nueve de abril, bicentenario del nacimiento del Precursor don Antonio Nariño, y el veintisiete de noviembre primer cumplesiglos de José Asunción Silva.

Tan dilatado lapso es siempre ocasión excelente para enjuiciar la obra de todo grande hombre o, cuando menos, para situarla en relación con la posteridad.

La vida de Nariño enseña que la grandeza de un héroe depende de su humanidad y de la influencia ejercida por él sobre el progreso moral de una agrupación social o política. Tuvo defectos, cometió errores; pero jamás —ni en los días melancólicos en que según su amarga expresión, a él le fue negada esa libertad porque tanto había luchado— se le vio, como a otros revolucionarios o reformadores, renegar o sobrecogerse de pavor apocalíptico ante su propia obra.

Con su propia vida, aun con los actos corrientes y ordinarios de su existencia de padre, hermano o ciudadano, quiso dar un ejemplo que sirviera de espejo, de norma de conducta. ¡Soberbio tipo humano el de Nariño! Del seno de la tierra americana, pero producto de un linaje español, ha surgido este hombre fino, perspicaz, humano, combativo y tolerante; este espíritu noblemente liberal que enseñó, dando a su vida una forma ejemplar, cómo una doctrina no es un texto frío que se queda en el papel o se esparce en los vientos, sino que se ha de realizar en la propia existencia.

El destino de Nariño estuvo siempre identificado con el de la patria; aquel hombre fue durante toda su existencia pública la expresión viva de ella. No conoció el temor a las responsabilidades. Hijo de la revolución en el sentido de que rompe los moldes viejos de una aristocracia fundada en el privilegio, conserva un fondo de aristocratismo espiritual.

Fue no solo el Precursor —dice Lorenzo Marroquín— sino también el mártir de la libertad. Se hizo su apóstol, su campeón y recorrió por ella toda la inmensa ga-

ma del dolor humano. Pero sus dolores infinitos, incontables, no deben ser perdidos. Si los recordamos ahora, al cabo de tantos lustros, es para que no dejemos de oir su voz, para que jamás olvidemos su apostolado fecundo y el lúgubre chirriar de sus cadenas se conviertan en el himno de su triunfo... Sí, de su triunfo. Porque solo puede ufanarse de haber vivido su vida totalmente aquel que gastó su fuerza vital en holocausto al futuro; solo para él la muerte no será el límite entre la vida y el vacío, sino el fin de los efectos de la vida.

La obra de Nariño ya no se discute. Hacerlo sería negar la esencia misma de la patria. Precursor y autor de la independencia, su nombre está definitivamente grabado en los anales de la gloria junto al de Bolívar y al de Francisco de Paula Santander. Si fue combatido en vida y discutido después de muerto, siempre salió del crisol de la crítica más aquilatada su grandeza. Por estas razones no vamos a detenernos sobre él en esta ocasión, contentándonos con recordar el hecho de su próximo bicentenario porque creemos que basta ello para que no solo su ciudad natal sino el país entero comience a aprestarse para la digna celebración.

En cuanto a José Asunción Silva, precursor también como Nariño, aunque en campo diferente, el tema varía. En vida se desconoció el mérito de su obra, se negó su valor poético y por último se tejió en torno a su muerte voluntaria toda una maraña de calumnias.

Pero libre ya de las circunstancias oportunistas que influyen en la valoración de las cosas humanas, fuera ya de los caprichos de la moda, rectificadas aunque tardíamente las calumniosas aseveraciones, la obra del poeta se muestra con la suficiente perspectiva para juzgarla objetivamente y discernir sus valores esenciales.

Como todos los innovadores José Asunción Silva fue tildado erróneamente de extranjerizante. Por eso hay quienes afirman perentoriamente que al autor de Día de difuntos, como poeta autóctono, como cantor terrígeno, los colombianos no le debemos nada. Hoy por el contrario, la crítica lo tiene por uno de los más colombianos de nuestros poetas. Eduardo Castillo, eximio artista, fue el primero en hacer notar:

"Las estrofas dejativas del Nocturno evocan uno de esos paisajes familiares en que abunda nuestra sabana, melancolizado por la magia lunar y por la monodía de las ranas".

¿Puede alguien negar por ventura el colorido santafereño, el sentir bogotano de algunos de sus poemas? Día de difuntos es la capital dibujada en esa fecha con sus especiales tintas grises. Luz de luna y Vejeces son geniales atisbos poéticos de rinconadas y pasajes de su ciudad natal.

Celebró el río de la patria en un soneto que tiene el vigor de una acuarela; en cortos brochazos nos dejó la más acabada pintura de la ciudad que le vio nacer; sintió las glorias nacionales en tan alto grado que su poesía Al pie de la estatua ocuparía, en concepto de Guillermo Valencia, el primer lugar entre las consagradas a cantar la gloria del héroe, si don Miguel Antonio Caro no hubiese creado el alma del bronce inmortal. Cuando quiere buscar un refugio amoroso para el héroe de su novela, un

"buen retiro", no se lo escoge en las viejas ciudades europeas, ni en sus campiñas doradas, ni en sus costas de azur, sino que vuelve los ojos a la patria y sueña edificarle un castillo cerca de la empinada roca que rompió la benévola divinidad indígena.

Hasta el dolor del pueblo, hasta la amargura infinita de la gleba conmovió su sentir de poeta y le arrancó los acentos dolientes del recluta o los irónicos de Egalité en los que el espectro de la amargura, precursor de aquel otro más terrible de la muerte, se envuelve en cascabeleante traje de festivo tono:

"Juan Lanas, el mozo de la esquina, es absolutamente igual al emperador de la China: los dos son un mismo animal".

En el fondo de todos sus versos -"eterna salmodia del corazón insaciable"- aun en aquellos que parecen una carcajada sarcástica y cruel, hay un pesimismo incurable de tonos vagos, de un dolor disimulado, digno de quien sabe guardar la mesura aun en los instantes más amargos. Y es tal vez por esta escondida amargura, fluyente y señorial, por lo que el amor y la muerte parecen polarizar sus meditaciones. Diríase una obsesión tenaz en la que el espíritu del poeta cristalizó todas las aspiraciones y todos los deseos frustrados que arruinaron su existencia. Solo que a ella débese mucho de lo mejor de sus producciones. ¿A qué obedece esencialmente el Nocturno sino a esa tendencia y capacidad de transmutar el propio dolor en estrofas?

Con José Asunción Silva adquiere la estrofa castellana un curso más acorde con el ritmo natural del pensamiento que da a nuestra lengua —conceptúa Rémy de Gourmont en sus Etudes littéraires— una nueva juventud. "El lenguaje del colombiano José Asunción Silva —son las textuales palabras del literato francés— es más sutil y más claro que el rudo español clásico".

Un universo de rimas aladas y sencillas, de armonías ocultas y nuevas, acentúan allí el tono evocador y dan a su pesar íntimo y noble un ropaje magnífico de discreción y de belleza, con tal disposición admirable, que si Silva hubiera escrito únicamente este poema, bastaba para tenerlo por poeta y por gran poeta.

Si la creación de un verdadero poema es la más grande y maravillosa prueba que puede dar un ingenio en un siglo civilizado, José Asunción Silva la dio; el Nocturno es sin duda alguna la más hermosa joya literaria del continente: indiscutiblemente es uno de esos pasajeros instantes en que —ya lo anotó Ventura García Calderón— el acento humano se diviniza.

En todos los grandes bardos un instante hay en que su obra alienta un hálito de lo fabuloso, un como aleteo del misterio. Por eso Goethe, que amaba la serenidad por encima de todo, confiesa que no podía leer las tragedias de Shakespeare sin estremecerse y enfermar. Este difícil efecto lo ha logrado el cantor bogotano en su célebre poema, fuera de la innovación métrica; de ahí que muchos críticos al hablar del Nocturno traigan a cuento los nombres de Morela y El Cuervo.

No se sabe, ni se sabrá nunca —finalizó el ilustre crítico don Fernando de la Vega su ensayo sobre Silva poeta— lo que el desarrollo creciente de su genio hubiera traído al tesoro de las patrias letras; aquel príncipe que en su viaje de lecturas había visitado tierras lejanas y países exóticos, debía guardar en su morral de peregrino inteligente primorosos joyeles de la imaginación y el sentimiento.

Como Andrés Chénier, entregó su cabeza a la cuchilla de un destino adverso, privándonos de arrobadoras armonías que el tiempo no pudo sancionar.

Poeta íntimamente nuestro, al igual de aquellos nobles artistas del Renacimiento italiano, tomó el metal y las piedras preciosas que a su patria venían de más allá de los mares; formó con ellas el ánfora divina, el vaso santo de su poética; decoró sus contornos con las más gráciles imágenes con que le brindó su suelo nativo, y en el fondo puso a bullir "como burbujas de oro de un viejo vino oscuro" el sutil licor de su propio espíritu.

Fue un bogotano integral. Hombre de cultura universal, escritor, innovador del idioma, no pudo desprenderse de las esencias de la raza. Y aunque incomprendido por muchos de sus contemporáneos, que no supieron entender su sed y hambre de un mundo espiritual más grande, de esa enfermedad de infinito que le hizo sentir el hechizo "triste de lo que fue y ya no existe", jamás pudo liberarse de la nostalgia del pasado abolido, del pretérito santafereño que le hará cantar la vieja ventana, recordar a don Juan de Covadonga, buscar los rasos desteñidos y entregar su alma a la ciudad nativa, cual cisne que presiente la cercanía de la muerte, en un manojo de versos que comienzan con estas estrofas que son un pedido y una confesión de amante infortunado:

"Si en tus recuerdos ves algún día entre la niebla de lo pasado surgir la triste memoria mía medio borrada ya por los años, piensa que fuiste siempre mi anhelo".